

sabemos, será umbral de una actuación bienaventurada, para la que nos aguarda una tarea sin desmayos, en la que ALCANTARA estará en vanguardia.

En prensa este número no nos es dable ya otra cosa que anunciar el comienzo en Madrid del Congreso Guadalupano, y comunicar que la imagen de la Virgen de Guadalupe de Tepeyac, se dirige a hombros de las Escuadras del Frente de Juventudes, en jornadas a pie, desde Madrid al Real Monasterio de Guadalupe, en las Villuercas extremeñas. En el próximo número nos ocuparemos con detalle de este transcendental acontecimiento, que va a reunir en un mismo templo a la imagen de la Patrona de América con la imagen de la Patrona de Extremadura y de la Hispanidad.

CURIO O'XILLO



A NUESTROS SUSCRIPTORES

Ponemos en conocimiento de los suscriptores de «ALCANTARA» que residen fuera de esta Capital, que en el mes de Junio y por la Administración de la Revista se les girarán sendas letras de VEINTICINCO pesetas, importe de la suscripción del año en curso.

Esperamos de todos presten buena acogida a esta exigencia administrativa, pensando que por la módica suma expresada contribuirán al desarrollo y auge de la cultura extremeña y a que no se malogren ni frustren las nobles actividades de nuestros literatos y artistas.

Por anticipado les agradecemos esta aportación económica que nos permitirá proseguir la labor emprendida y mejorarla en todo cuanto nos sea posible.

Se ruega a los Ayuntamientos de esta provincia, a quienes enviamos nuestra Revista, autoricen a sus representantes legales en esta Capital para que satisfagan en nuestra Administración (Palacio Provincial), la suscripción de este año.

AL MARGEN DE LOS LIBROS

A fines de Marzo de 1572 nació en Logrosán, una aldehuela entonces, Juan de Rieros Sorapán, conocido en el mundo de las letras por Sorapán de Rieros. Obedece este cambio en el orden de los apellidos a la anárquica costumbre que existía en aquel tiempo, de posponer el apellido paterno al materno, e incluso de suprimirlo, cuando no se daba el caso que varios hermanos llevasen apellidos distintos.

Los investigadores no han conseguido averiguar hasta ahora nada respecto de los ascendientes de Sorapán. En parecer del doctor Javier Cortezo, eran de abolengo.

Sorapán de Rieros estudió Medicina en Guadalupe. Escuela que tenía el privilegio pontificio de poder hacer la disección de los cadáveres. Más tarde fué nombrado Médico y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición de Llerena y Granada y de su Real Chancillería.

En 1616, en la ciudad del Darro, y a cargo del impresor Martín Fernández Zambrano, que vivía en la antigua calle del Obispo, apareció la primera parte de *Medicina española, contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, obra, como es sabido, del Doctor Juan Sorapán de Rieros. La portada es de F. Heylan. La segunda publicóse en 1615, en las prensas de Juan Muñoz, impresor de libros, que tenía instalado su taller junto del Aljibe de Rodrigo del Campo. Ambas partes constituyen un volumen en cuarto. La primera consta de 517 páginas de texto, si bien en la última se estampó por equivocación, la cifra 511 y, la segunda, de 77 hojas, 1 en blanco y 14 que ocupa el índice alfabético de cosas notables, común a las dos partes.

Cuando, no hace mucho tiempo, examinamos un ejemplar de esta obra en la Sección de libros raros de la Biblioteca Nacional, y comprobamos que la página 511 era en realidad la 517, y que la segunda parte se dió a la estampa antes que la primera, pasamos un mal rato. Nuestra salud no es muy allá. Tiene altibajos y vaivenes. Y aún cuando los médicos nos han asegurado, con esa incontinencia propia de quienes no tendrían que pagar la equivocación, que todos los fenómenos que sentimos no son más que trastornos funcionales, sin lesión orgánica alguna, no estamos muy seguros que digamos. Aquel día, pues, atribuimos el error en la paginación y la fecha anterior que en buena lógica debía ser posterior, a que nuestra cabeza regia mal, y un poco atemorizados por lo que pudiera pasarnos, abandonamos el libro de Sorapán y la Biblioteca.

El Dr. Antonio Castillo de Lucas, que acaba de sacar de molde la obra de Sorapán de Rieros (quinta edición), nos ha resuelto aquellas dos cuestiones que se nos planteaban en la sala de *Raros* de la Biblioteca Nacional, y que nosotros achacamos a un «fallo» de nuestra salud.

No había tales carneros afortunadamente. Lo de la paginación era un simple error, y el hecho de que la segunda parte de la *Medicina Española*, de Sorapán hubiera aparecido antes que la primera, tenía una explicación bastante sencilla. Sorapán de Rieros estaría impaciente por ver impresa su obra, y como quiera que en aquella época era muy lenta «la gestación» para conseguir el permiso para publicar un libro, una vez aprobado su trabajo, entregó la primera parte al impresor Fernández Zambrano, y la segunda a Juan Muñoz, siendo éste más diligente que aquél o bien teniendo que componer menor número de páginas, ya que la segunda parte del libro era más breve que la primera.

Es posible que si esta anécdota llegase a conocerla alguno de nuestros médicos, se riese con ganas.

La obra de Sorapán es muy interesante. Contiene el saber médico de su tiempo y está escrita con tan singular estilo, que el autor figura en la lista de *Escritores que pueden servir de autoridades en el uso de las voces castellanas* (1).

Sbarbi fué «el más apasionado admirador de Sorapán» y el librero Salvá, en su *Manual del Librero* (1926), nota, refiriéndose a *Medicina Española*, que es «obra curiosa y buscada».

Tenemos que agradecer al Dr. Castillo de Lucas esta quinta edición (2). Su estudio preliminar es muy erudito y juicioso. Consta de 71 páginas, y está dividido en tres partes: vida del autor, el ambiente en que la obra de Sorapán hubo de escribirse y datos bibliográficos. Todo compuesto sin grande aparato: sobria y sencillamente, pero sin omitir ningún rasgo ni antecedente de consideración. La bibliografía de Sora-

(1) Folleto editado en 1870 por la Real Academia de la Lengua.

(2) *Biblioteca clásica de la Medicina Española*. Tomo décimosexto, Madrid. MCMXLIX.

pán no es muy copiosa, ni sus detalles biográficos; pero cuanto dijeron de él, ya en saber de primera mano, ya como simples repetidores, está en este estudio preliminar del Dr. Castillo de Lucas.

Lo ilustran varios fotograbados: Iglesia de Logrosán donde fué bautizado Sorapán de Rieros; su partida de bautismo y su escudo; Portada de la casa en que vivió en dicho pueblo, en los últimos años; autógrafo y primera hoja del manuscrito, el cual se encuentra en la Biblioteca de Palacio; diversos aspectos de aquél y portada de la edición príncipe de la primera y segunda parte.

Es más de estimar esta aportación tan noble y desinteresada del Dr. Castillo de Lucas al conocimiento de nuestras figuras regionales, porque solo el vínculo profesional le ata a Sorapán de Rieros. Que vengan los de fuera de la región a rendir este homenaje tan valioso a nuestros conterráneos más ilustres, es un hecho lleno de simpatía, que a nosotros nos toca hacer resaltar.

D. Cástulo Carrasco, autor de *Tres españoles y algunos más* (1), es conocido de nuestros lectores, porque el primero de los trabajos que constituyen este volumen apareció antes en las páginas de «Alcántara».

Al enfrentarnos con el título del libro, se nos ocurre preguntar: ¿Quiénes son esos «algunos más»? ¿Españoles? No. Napoleón, Oscar Wilde, Goethe, no fueron españoles, como es sabido. Habrá, pues, que convenir en que el título es confuso, anfibológico. Quevedo llamó a uno de sus escritos *Libro de todas las cosas y otras muchas más*. Pero esas «otras muchas más» eran cosas y en cambio, esos «algunos más», que pudiera estimarse que eran españoles, no lo son, como acabamos de ver.

Volvamos la hoja y adentrémonos en la obra de nuestro colaborador.

Integran las primeras páginas unas divagaciones en torno al tomo I de *Los sexos, el amor y la historia* de D. Pedro Caba, cuyo segundo volumen ha salido de las prensas barcelonesas no hace muchos días. Tales divagaciones promovieron una réplica por parte del Sr. Caba, la cual aparece en las páginas de esta Revista, correspondientes al 30 de Abril próximo pasado. No terciemos, pues, en el debate, y limitémosnos a ser meros espectadores.

La luz que nos llama se denomina el segundo ensayo, que, a nuestro juicio, es el más enjundioso y sugestivo.

El autor desenvuelve, con agudeza de pensamiento y felices observaciones, su breve teoría del valor entre la ilusión y la verdad. Estudio serio, sin alisonancias ideológicas, pero, dentro de sus líneas severas, hondo y bien meditado. Los conceptos, muéstranse a través de una forma sobria. Fenómeno que suele producirse siempre que se discurre vigorosamente, ya que la palabrería, la hojarasca, es la faz superficial que presentan las cosas cuando están desprovistas de contenido.

Hemos subrayado durante la lectura algunos pasajes de este trabajo. «Como hay también quien se supone que va delante, porque dirige, y luego viene a resultar que ocupa aquel puesto porque le empujan». (Pág. 79). «Un hombre no adquiere relieve mientras que los demás no reparan en él». (Pág. 94). Ciertamente. Se puede poseer un tesoro, pero si nadie lo advierte, ese tesoro de nada nos servirá.

Las ideas que desarrolla en torno de quiénes «presenciado un hecho, oída una frase, profesada una doctrina, sorprendida una idea», son los jóvenes y quiénes los viejos, elevándose en el páves de un lenguaje elocuente e incluso exaltado. El tema se presta a estas fugaces evasiones hacia lo lírico. El ejemplo del cartucho de dinamita, que parecerá suave arcilla en nuestras manos, pero que si lo encerramos en las entrañas de una roca, hará patente la fiereza de su fuerza y aquel río, que a pesar de ser un hilo y pese a los recios obstáculos que surgen en su camino, acaba tomando fuerza, salta sobre ellos, cuando no cobra tal furia que la roca va delante..., empujada, arrollada y todo porque «la fe con que los ríos nacen, vence esta dificultad», ganan la voluntad del lector, tanto por la contundencia del razonamiento, como por su bella forma expresiva.

Nos impresiona gratamente, nos cautiva esta seria manera de pensar, en que las ideas, los conceptos, los juicios, se descogen ante nuestros ojos, sin una contorsión, sin una violencia, con la naturalidad con que un árbol extiende su ramaje o un pájaro lanza sus trinos desde una mata, esto es, sin artificio, ni aparato alguno.

Un coloso mal tratado, ¿Metempsicosis?, *Autorretrato de Oscar Wilde, Goethe*

(1) Cáceres, 1949.

contra Goethe y ¿Entes de ficción?, aun cuando no desmerezcan de la tónica general del libro, tienen menos empaque y trascendencia.

¿Metempsicosis? es como un pasatiempo o diversión del propio espíritu, que dejándose llevar más de la fantasía que del frío raciocinio, se huelga en construir una teoría sobre los distintos modos de interpretar los sueños y la reencarnación.

Detengámonos en su trabajo *Zorrilla o el oportunismo* que es, de los ocho que integran el libro de D. Cástulo Carrasco, el que nos quedaba por citar.

Nos vamos a fijar en él un poco más de la cuenta porque queremos reivindicar al poeta vallisoletano. Y no se nos negará que hace falta valor en estos tiempos, dado el rumbo que ha tomado la poesía, para romper una lanza en honor de Zorrilla.

Pues sea lo que Dios quiera y manos a la obra.

Cástulo Carrasco, tras de notar que el poeta de *Granada* y de *Los cantos del trovador*, carece de ideas, que no tiene ningún problema interior; que es solo externo; que sus obras están vacías de sentido y de lógica; que no es más que un poeta narrativo,—ahí le duele—y, por último, tras de apuntalar este parecer con la transcripción de unos juicios de Unamuno, de los que resulta que Zorrilla no compuso más que estrofas «hojarascosas y palabreras», que sus metáforas fueron «por lo común, las del común acervo» y que toda su obra es «aluvión de lugares comunes literarios» y «desfile de imágenes imprecisas o revenidas de puro viejas» (1), se preguntará: «Pero ¿de verdad este hombre—Zorrilla—pudo ser el ídolo de un pueblo?» (2).

Toda crítica subjetiva ha de llevarnos por fuerza a tales conclusiones. Juzgar a Zorrilla con el criterio—el yo y su circunstancia—de un hombre de nuestros días, es tan soberano dislate como considerar con el ejemplo de Brummel, a un lugareño de Torviscoso. ¿Qué pensaría el veterano rey Gustavo de Suecia, que tenía una pista de tennis con calefacción, del hombre de las cavernas? Naturalmente que hiperbolizáramos, pero hemos de valernos de este medio perfectamente lícito, para hacer ver la errónea «posición» moral de todo crítico subjetivo.

Leed a Macaulay, a Sainte-Beuve, a Brunetiére, a Taine, a Valera, a Menéndez y Pelayo y veréis cómo os dirán con estas o parecidas palabras: El crítico tiene olvidado de puro sabido que su gusto personal nada representa; que ha de hacer tabla rasa de su temperamento, de sus inclinaciones, de su espíritu de partido, de sus intereses; que la simpatía debe ser el norte de su talento; que lo primero que tiene que hacer como historiador es situarse en el puesto de aquél a quien va a juzgar; compenetrarse con él, identificarse con sus instintos y costumbres; nutrirse de su propia persona, tomando sus ideas y sus afectos; reproduciendo en sí mismo su conciencia o estado interior; representándose prolija y físicamente su medio respectivo; imaginándose las circunstancias e impresiones que originaron sus actos y gobernaron su vida (3).

Si Brummel se coloca en Torviscoso y ve que el lugareño de marras no es nada *fashionable*, porque no podía serlo, pero que se pasa varias horas del día con la mano en la esteva, con la segureja o la azada, podando un árbol o injertándolo, binando, rodrigando o castrando una colmena, es posible que deseche toda idea de reírse de él porque no es un *dandy*, y le reconozca como un valor social dentro de la esfera o ámbito en que se mueve. Y de esta comprensión, de esta ductilidad espiritual para adaptarnos al medio en que se desenvuelve el sujeto de nuestro estudio, nació la estimación del *Cantar de Mio Cid*, de los *Milagros de Nuestra Señora*, de Berceo y las *Cantigas de Santa María*, de Alfonso, *el Sabio*.

A Zorrilla no se le puede juzgar con el criterio de hoy, como sería lamentable que un hombre que tuviera bien educados y ejercitados sus músculos se riese del primer hombrecillo enteco y trashijado que se cruzase con él. Coloquémonos en pleno romanticismo español. Los poetas no saben nada de nada, ni quieren saberlo. Abominan de la cultura. «Yo, con erudición, ¡cuánto sabría!»... exclama Espronceda, que se burla a la par de los sabios y de los ignorantes. Y unos versos más atrás había dicho con igual desgarrada incontinencia:

Terco escribo en mi loco desvarío
sin ton ni son y para gusto mío.

Y el mismo poeta de Valladolid no tuvo reparo en proclamar: «Yo soy el escritor de menos ciencia».

(1) *Ensayos* II y III, Madrid, 1942

(2) Página 180.

(3) No hemos hecho sino parafrasear a Taine en sus *Estudios de Estética*, (Madrid, s. a.)

Son almas sencillas, influidas por los grandes maestros del verso, de más allá de nuestras fronteras: Goethe, Schiller, Byron, Victor Hugo, Lamartine, Fóscolo. Tienen la cabeza llena de fantasmas, de espectros, de ruinas, de ataúdes, de sepulturas y el corazón de escepticismo y de melancolía... y cantan como los pájaros. Sin complicaciones psicológicas, sin filosofía, sin erudición; como los antiguos bardos escoceses y los trovadores provenzales. Ni forjaban el verso en el yunque horaciano como Leopardi o Carducci; ni lo bruñían para que espejease y refulgiera como el de Chenier, ni comunicaban el dolor y la angustia que Musset o Byron imprimían en sus estrofas.

Quizá Espronceda no se quedase muy rezagado respecto de estos vates e incluso en algunos momentos los superara. Mas la tónica general de nuestros románticos no alcanzó la resonancia afectiva, sentimental, de los autores de *Las Noches* y de las *Melodías hebráicas*.

Pedir a Zorrilla las ideas que tuvo más tarde en la cabeza Paul Valéry—¿y para qué?, si no iba a escribir ningún tratado de filosofía, ni de moral; si la poesía no tiene que enseñar nada, para eso están los maestros—, sería lo mismo que pretender que Gerardo Diego nos conmueva y Vicente Aleixandre o José M.^a Valverde, dejando el trípode de Delfos, se franquea a los lectores del estado llano.

¡Ay!, nuestro buen amigo D. Cástulo Carrasco, nos va usted a permitir que le digamos muy bajo al oído, para que no se entere nadie más que usted, que estamos hartos de intelectualismo; que estamos hartos de Strawinsky y de Strauss, pues preferiríamos oír tocar en su cornetín a un titiritero cualquier melodía de Schubert o de Mendelssohn.

El intelectualismo nos ha secado el corazón, nos ha esterilizado el espíritu, y usted sabe muy bien que *poesía* viene de *poieo*: crear.

El poeta ha sustituido el plectro por el escalpelo, al ruseñor por el buho. Y yo sigo pensando que

El verso, para escribirlo,
para que salga cantando,
como del nido volando
sale el ave, hay que sentirlo. (1)

Zorrilla fué un poeta narrativo. Se limitó a cantar cuanto veía y sentía; y cantó de modo desordenado e inconexo, sin la disciplina que impone la mente ordenadora de los poetas cultivados; sin la moderación del buen gusto. Le cantaba el corazón en el pecho y solo ponía en palabras rítmicas, incluso con ripios, con imágenes revenidas de viejas, aquel canto espontáneo, natural y sencillo. La palabrería y la hojarasca le venían de nuestro meridionalismo, propenso siempre a abultar las cosas, a agrandarlas y multiplicarlas.

¿Por qué se ha de exigir a una persona lo que nunca puede dar? Ese es el error de la crítica subjetiva, desmandada de todo canon o regla, pedirle peras a un guindo y guindas a un peral, y cuando no las dan, porque no pueden darlas, tirarles piedras o darles por el pie con el hacha.

...Pero nos hemos dilatado en demasía como de costumbre y hora es de que recojamos velas. Comentar despacio, sin prisas, morosamente, aquello de que «en la poesía el verso no es lo principal», que «lo principales la idea, la imagen luego, y la música después».—¿Para qué poner punto a cada una de estas cosas, si son tres partes integrantes de una misma frase? ¡Qué afán de resollar, sin necesidad! ¡Qué inclinación a lo que hemos dado en llamar «estilo asmático»!—sería ocupar varias páginas más de esta Revista, y aunque quisiéramos, no podemos hacerlo.

Observemos por último que en los márgenes del libro quedan anotadas las voces siguientes: *mejorestar*, por mejorar, *abrevar* por beber, (2) *novedosa*, por nueva, *inapercibida* por inadvertida, *familiares* por deudos, parientes o allegados, *tiquitear* por tamborear o tamborilear, *influenciado* por influido, se *desplaza* por se dirige, de él se *ocuparon*, por de él trataron, *sugerencias*, por sugerencias, *homenajeado*, por celebrado o festejado, *inescrupulosidad*, por falta de escrúpulos, que es más castizo y suena mejor.

(1) *Locis iter.*, por Ramón D. del Corral y Cerón. (Zamora, 1939.)
(2) *Abrevar* es dar de beber a las caballerías.

Mal comiendo sin pararse
y bebiendo en el pilón,
en que el vaquero solícito
a la vacada abrevó. (D. Luis Montoto. Juan Segador.)

PEDRO ROMERO MENDOZA

LA ISLA DE LOS RATONES (Hojas de poesía).—II. Lecturas y conferencias. Santander, 18 de Marzo de 1950.—Programa de los actos organizados por esta revista al cuidado de Manuel Arce:

«Introvertismo»; Leopoldo Rodríguez Alcalde, «Teatro contemporáneo».—Leyeron poemas: Ramón Calderón, Adolfo Castaños, José María López Vázquez, Salvador García y Alfonso Pinto.

Estos actos se celebraron en el taller del escultor Carlos Sansegundo.

NOTICIA DE REVISTAS

Joaquín Sánchez Losada, «Unos apuntes en torno a la pintura de Manuel Raba»; Alejandro Gago, «Dos cuentos»; Francisco Gil Gila, «Directores europeos en Hollywood»; Manuel Arce, el Grupo «Verbo» y su

INQUIETUD APOSTOLICA. Suplemento del Boletín Oficial del Obispado de Coria. Abril 1950. Número 4.—Publica una descripción del escudo del nuevo Prelado, así como varias fotografías de los actos de su consagración episcopal y algunos trabajos en prosa y verso firmados por S. Rosado (P. U. de Salamanca), A. Tejero, Jaime, Celso Bañeza y Manolo.

BOLETIN DE INFORMACION de la Jefatura Provincial de F. E. T. y de las J. O. N. S.—Cáceres, Marzo 1950. Número 9.

Contiene un editorial glosando las palabras de Franco: «El Mundo debe a España una reparación» así como noticias detalladas y comentarios de las actividades políticas, sociales y económicas desarrolladas por la Jefatura Provincial del Movimiento y las distintas delegaciones de ella dependientes.

FOLLETO GUIA DE LA FERIA DE CACERES. Mayo 1950. Publicación premiada en el concurso convocado por el Excmo. Ayuntamiento de esta capital, con la inclusión, en exclusiva, del Programa Oficial de Festejos. Editor: Francisco Sellers Vallejo. Director: German Sellers de Paz.

Está editada esta revista de feria en 4.º mayor, con pulcritud y gusto indudables y contiene originales de las mejores plumas cacereñas, según el siguiente sumario:

«Hay que hablar de la feria», por Maderal; «La despedida», inspirado soneto del laureado poeta y Decano de las Letras cacereñas, D. Luis Grande Baudesson; «Nuestra Ave», por F. García-Morales; «Mi moza», poesía original de nuestro querido director, D. Pedro Romero Mendoza; «Al Campo de Deportes en viaje de ida y vuelta», por Manger; «El Arfilé ingresó en la cárcel por honrao», por Francisco Sellers; «Se inicia un idilio», poesías en fabla extremeña, por Juan Luis Cordero; «Hacia un bosquejo histórico del periodismo cacereño», por Diego Avila Talavera; «Cáceres en feria», «Titiritera» y «Caballitos», de nuestros fundadores Jesús Delgado, Fernando Bravo y José Canal, respectivamente, y algunos otros escritos con temas de divulgación y orientación del forastero.

Ilustran esta publicación interesantes fotografías del Cáceres histórico y caricaturas de algunos colaboradores.

CACERES, feria y fiestas de Mayo de 1950.—Con algunos originales meritorios ofrece este folleto información y guía al feriante a la vez que unos minutos de solaz al lector.

Da valor a esta revista la publicación de una serie de bien escogidas fotografías de monumentos cacereños.

C. R.